

Entre tensiones y redefiniciones
El trotskismo argentino ante el paradigma de la Revolución Cubana en los años
sesenta

Martín Mangiantini
Instituto Ravignani - CONICET- UBA

Resumen

La Revolución Cubana y el guevarismo imprimieron una profunda huella en la militancia revolucionaria y en buena parte de una juventud que, en toda América Latina, experimentó este proceso político de forma entusiasta y se volcó hacia su defensa. No obstante su ubicación en el campo del paradigma marxista-leninista, en esta coyuntura, las direcciones del trotskismo no se mostraron ajenas a esta experiencia. El presente trabajo se propone indagar diversos aspectos de este proceso de reelaboraciones teóricas y redefiniciones conceptuales a partir del abordaje de dos estructuras argentinas divergentes. Por un lado, la corriente encabezada por la figura de Nahuel Moreno, en ese momento denominada Palabra Obrera, que experimentó en los inicios de los años sesenta diversas reelaboraciones teóricas e importantes debates internos como los sostenidos, respectivamente, con los dirigentes Daniel Pereyra (a partir del ascenso insurreccional acaecido en la región peruana del Cuzco) y con Ángel Bengochea (tras su estadía en Cuba y la posterior adopción del paradigma y la estrategia revolucionaria continental guevarista). Por otro lado, se indagará sobre la flamante organización Política Obrera que, aunque sin experimentar debates de peso como en el caso anterior, vivió la influencia del derrotero cubano condicionándolo en ciertas definiciones y posicionamientos.

Palabras clave

Trotskismo, militancia, Revolución Cubana, años sesenta

Abstract

The Cuban Revolution and the guevarismo stamped a deep fingerprint on the revolutionary militancy and on good part of a youth that, in the whole Latin America, enthusiast experienced this political process of form and was overturned towards his defense. Nevertheless his location in the field of the Marxist-Leninist paradigm, in this conjuncture, the directions of the trotskismo did not prove to be foreign to this experience. The present work proposes to investigate diverse aspects of this process of theoretical reelaborations and conceptual redefinitions from the boarding of two Argentine divergent structures. On the one hand, the current headed by Nahuel Moreno's figure, in this moment named Working Word, which experienced in the beginnings of the sixties diverse theoretical reelaborations and important internal debates as the supported ones, respectively, with the leaders Daniel Pereyra. On the other hand, it will be investigated on the flaming Political Working organization that, though without experiencing debates of weight as in the previous case, there lived the influence of the Cuban course it determining in certain definitions and positionings.

Keywords

Trotskismo, militancy, Cuban Revolution, sixties

El triunfo de la Revolución Cubana generó en la izquierda revolucionaria de toda América Latina redefiniciones y discusiones en torno a los paradigmas organizativos y metodológicos hasta entonces vigentes. Dicho triunfo ponía de manifiesto un nuevo tipo de esquema político-organizativo revolucionario, el *guevarismo*, el cual recaía en la construcción de organizaciones simultáneamente políticas y militares, la primacía del campesinado como sujeto revolucionario y punto de partida de una radicalización social más amplia y la guerra de guerrillas como estrategia central para forjar la transformación revolucionaria de la sociedad. El triunfo de estas premisas supuso, paralelamente, la aparición de una concepción de construcción política alternativa al tradicional esquema leninista proveniente de la victoria bolchevique. En este sentido, la construcción de partidos políticos que pugnarán por la inserción en la clase obrera y su radicalización, la estrategia insurreccional y la metodología del centralismo democrático en el seno de una estructura revolucionaria, entraron en discusión por diversos sectores de la vanguardia revolucionaria latinoamericana. Este tipo de debate incluyó a un abanico de organizaciones en el que también se incluyen aquellos partidos políticos encuadrados dentro de la denominada Izquierda Tradicional (IT) tales como, por ejemplo, las organizaciones trotskistas.

En este contexto, las direcciones del trotskismo internacional no se mostraron ajenas al proceso revolucionario en curso. Michel Pablo, dirigente trotskista posterior a la Segunda a la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en uno de los más entusiastas defensores de la Revolución Cubana y del liderazgo de Fidel Castro, a quien caracterizó como un “trotskista natural”. Por su parte, para el principal partido trotskista norteamericano, el Socialist Worker Party (SWP), este proceso se convertía en la solución al problema de la dirección revolucionaria en América del Norte y Latinoamérica, proponiendo la conformación en Cuba de un partido marxista revolucionario bajo la dirección de Castro, al que los trotskistas cubanos debían integrarse como corriente. Con una concepción similar, el Partido Obrero Revolucionario (POR) de Chile, en muestras de adhesión a la estrategia de la guerrilla cubana, se disolvió como organización para formar parte del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) al que dio forma en conjunto con otras corrientes políticas e ideológicas. En una línea similar, el Partido Obrero Revolucionario (POR) de Bolivia, bajo la dirección de Hugo González Moscoso, defendió el desarrollo de guerrillas urbanas y rurales en toda América Latina como estrategia válida aplicable a todos los países subdesarrollados. Posteriormente, referentes internacionales como Ernest Mandel y Livio Maitán incorporaron concepciones distantes al bagaje trotskista, tales como la revolución campesina por la vía militar, la teoría maoísta del cerco a la ciudad o directamente la estrategia del foquismo. Contrariamente, otros dirigentes del trotskismo internacional, como el francés Pierre Lambert, se manifestaron inicialmente distantes con la Revolución Cubana y esbozaron sus críticas a la misma al marcar la ausencia de rupturas significativas tras este proceso.

Estructuralmente, desde 1953, la IV Internacional se dividió en dos agrupamientos diferentes: por un lado, el Secretariado Internacional (SI), en donde participaban Ernest Mandel (Bélgica), Pierre Frank (Francia) y Livio Maitán (Italia); por el otro lado, el Comité Internacional (encabezado por el SWP de los EE.UU.) en el que militaban Pierre Lambert (Francia), Gerry Healy (Inglaterra) y el argentino Nahuel Moreno. El impacto que generó la Revolución Cubana y la dicotomía entre quienes caracterizaban a Cuba como el primer estado obrero latinoamericano y quienes argumentaron que allí perduraba la continuidad del capitalismo, culminó con una reunificación de la IV Internacional en manos de quienes defendían el proceso cubano dando nacimiento al denominado Secretariado Unificado (SU) de la IV Internacional. Sin embargo, esta reestructuración no eliminó el debate que, en torno a este proceso, continuó desarrollándose en el seno del trotskismo internacional en los años posteriores (Coggiola, 2006; Bensaïd, 2008; Callinicos, 1990; Frank, 1979; Alexander, 1973; Gaido y Valera, 2016).

En Argentina se destacan dos experiencias. En primer lugar, la denominada corriente “morenista” (mote que se desprende de su principal referente, Nahuel Moreno) que, durante el período comprendido entre 1960 y 1965 se estructuraba en la organización Palabra Obrera, practicando la estrategia del *entrismo* en el movimiento obrero peronista y, a partir de 1965, se transformaría en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) tras fusionarse con el FRIP (Frente Revolucionario Indoamericano Popular) de los

hermanos Santucho. La otra experiencia fue Política Obrera (PO), organización nacida en 1964. Si bien no puede considerarse a este agrupamiento como resultado de una clara ruptura preexistente con una anterior estructura, buena parte de sus integrantes provenían de las experiencias del grupo Praxis de Silvio Frondizi y del denominado MIRA (Movimiento de Izquierda Revolucionaria Argentina). El presente trabajo se propone abordar las caracterizaciones que ambas organizaciones esgrimieron alrededor de los efectos de la Revolución Cubana y del desarrollo del paradigma *guevarista*, especialmente con el impulso por parte del gobierno cubano de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) a nivel latinoamericano. Se sostiene que este nuevo esquema revolucionario no pasó inadvertido al interior del trotskismo argentino e incluso generó tensiones y redefiniciones factibles de analizar.

Palabra Obrera y el *guevarismo*

Las polémicas sostenidas alrededor del proceso revolucionario cubano no excluyeron al trotskismo argentino y, en particular, a la organización Palabra Obrera. Desde 1960, la corriente encabezada por Moreno realizó diversas caracterizaciones que, más allá de resaltar sus diferencias y delimitaciones, se centralizaron en la defensa de este proceso revolucionario. Tras una primera caracterización negativa rápidamente modificada, a partir de 1961 Palabra Obrera argumentó que Cuba se convirtió en un estado obrero con el componente favorable de tratarse de un gobierno no controlado ni por el aparato comunista ni por una casta burocrática. Este análisis se alejaba de la caracterización de estado obrero degenerado, utilizado por el trotskismo para referirse a aquellos procesos políticos que, iniciados en una revolución obrera, tomaron luego un curso de burocratización a partir del ascenso stalinista. En el Segundo Congreso Nacional de Palabra Obrera, Moreno defendió la posición del surgimiento de un Estado obrero en Cuba como producto de la revolución, pero diferenciándolo del paradigma de la Revolución Rusa en un aspecto: no se trató de un proceso político que contara con una dirección obrera revolucionaria asentada en organismos de democracia obrera como los soviets, sino que estaba dirigido por una conducción pequeño-burguesa apoyada en un ejército revolucionario, campesino, obrero y popular (González, 1999: 57).

Un año después, en un nuevo escrito referente a esta temática titulado *La Revolución Latinoamericana*, Moreno esbozó una producción más cercana a los paradigmas teórico-organizativos del proceso revolucionario cubano. Afirmó que esta revolución generó un quiebre político del que se desprendieron distintos fenómenos que modificaron la coyuntura latinoamericana, siendo el principal el cambio en la relación de fuerzas entre el imperialismo y las masas en los países latinoamericanos dado que EEUU carecía de respaldo de conjunto para la aplicación de medidas de agresión a Cuba y que, si bien, ello no implicaba una ruptura de los sólidos lazos económicos, políticos y militares que aún mantenía con los diversos gobiernos latinoamericanos, la relación de fuerzas se había alterado (Ibidem: 61).

La afirmación esgrimida acerca de la importancia de este documento como momento de mayor acercamiento teórico a los preceptos de la Revolución Cubana se podría sintetizar, básicamente, en tres definiciones fundamentales. En primer lugar, la reivindicación por parte de Moreno de la dirección cubana como la “vanguardia de la revolución latinoamericana” y la identificación de este proceso con la teoría de la revolución permanente de Trotsky, dado que Cuba demostró cómo una transformación política que inicialmente tuvo rasgos democrático-burgueses en su contenido, terminó radicalizándose y convirtiéndose en una revolución socialista con características principalmente agrarias y antiimperialistas (Moreno, 1962: 37 y 48). En segundo lugar, y en lo que se convirtió seguramente en la concesión de mayor envergadura al paradigma castrista, se afirmó que el campesinado y la pequeña-burguesía podían cumplir en América Latina un papel revolucionario, matizando el carácter obrerista que históricamente otorgó al sujeto revolucionario (Ibidem: 55). Aunque más allá de reivindicar la posibilidad de estos sujetos como actores revolucionarios propicios para la obtención de reivindicaciones democráticas, en el mismo documento también se afirmó que la clase obrera era la única capacitada para cumplir con la transición al socialismo, aunque el proceso fuera iniciado por otros sectores (González, 1999: 64). Que el campesinado demostrara cualidades revolucionarias en procesos acaecidos

en los países coloniales no eliminaba, sin embargo, la imposibilidad de procurarse una dirección propia e independiente (Moreno, 1967).

Este análisis se imbricó con la identificación de aquellas tareas que, según Moreno, eran fundamentales que el trotskismo tomara como propias en los países latinoamericanos semi-coloniales. Ya en debates preexistentes, este dirigente sostuvo que la liberación nacional y la revolución agraria eran consignas y tareas fundamentales en este tipo de países. Ello respondía a que en las semi-colonias, el sujeto obrero era numéricamente escaso y que sectores tales como el campesinado o la pequeña-burguesía poseían mayor peso numérico y político. De allí se desprendía la importancia de las consignas acordes a estos actores que, según este análisis, el trotskismo no podía desconocer o dejar librados a las políticas y a la captación de los partidos comunistas y, por ende, era obligación tomarlas como propias más allá de sostenerlas ligándolas a reivindicaciones de corte clasista (Ediciones Palabra Obrera, 1961). En tercer lugar, hasta producirse la fallida invasión de Bahía de los Cochinos, la dirección cubana no manifestó un alineamiento a la política de la URSS lo que se convirtió en un elemento reivindicado como positivo para el socialismo internacional por parte de esta corriente política que, en razón de ello, auguraba una aceleración de la crisis de los partidos comunistas.

En diversas producciones historiográficas se analizó este trabajo como parte de una “desviación guerrillera” o “claudicante a los paradigmas guevaristas”. No obstante, estas concesiones teóricas al paradigma cubano no eliminan su rasgo más relevante a la hora de analizar la existencia de un cambio teórico por parte de esta corriente, a saber, la diferenciación allí establecida entre la lucha armada como parte de la práctica política y la guerra de guerrillas como estrategia revolucionaria. En su escrito, Moreno afirmó que la lucha armada era un método indiscutible, pero que debía llevarse a la práctica de diversas formas, como en la defensa de las huelgas y ocupaciones de fábrica, en los sindicatos campesinos y ocupaciones de tierras, y para contrarrestar el accionar de los grupos reaccionarios, bandas fascistas y rompehuelgas (González, 1999: 65). En su aplicación a la coyuntura argentina, escaso tiempo después se afirmaría:

(...) Siempre hemos insistido en que la CGT y los sindicatos hicieran sus organizaciones armadas, como elemento decisivo en la huelga general insurreccional que preconizábamos para la disputa del poder. Esta era nuestra variante armada de lucha por el poder: la organización de un ejército proletariado desde los sindicatos. (...) [Esta línea] Tomaba realmente en cuenta las relaciones de fuerza y la única posibilidad cierta de lucha por el poder existente en el país: las organizaciones sindicales. Solo ellas con sus militantes, activistas y su colosal fortaleza económica, podían montar el aparato armado y la organización de masas que disputara el poder. Haber lanzado a nuestro partido aislado a una estrategia armada de lucha por el poder hubiera resultado suicida (Moreno, 1967:19).

En este aspecto, se desprende que resultaba necesario no equiparar el concepto de lucha armada (en un marco de inserción de la organización en la lucha de clases y las acciones de masas) con la guerrilla como estrategia de lucha, en el sentido de una vanguardia armada que, a partir de acciones aisladas del movimiento de masas, se convertiría en creadora de conciencia. Ésta será una afirmación que, en los años siguientes, esta corriente sostendrá y profundizará teóricamente pero que ya se encontraba presente en los inicios del proceso revolucionario cubano independientemente de la reivindicación de sus diversos aspectos.

Bajo los efectos políticos de la Revolución Cubana, entre 1962 y 1968, en Palabra Obrera primero y luego, en el PRT, se experimentaron diversos debates internos que versaron en torno a discusiones tales como la puesta en práctica de la lucha armada, la guerrilla como forma de organización o el *foquismo* como estrategia. El primero de estos debates se produjo entre 1962 y 1964 entre Nahuel Moreno y diversos militantes de la corriente entre los que se destacaba Daniel Pereyra (“Alonso”) a raíz de los levantamientos campesinos en Perú y del liderazgo del dirigente rural Hugo Blanco. La segunda de las

discusiones, en los años 1963-1964, se desarrolló entre Moreno y Ángel “Vasco” Bengochea, a partir del viaje de este último a Cuba junto a otros militantes de Palabra Obrera y su retorno a la Argentina adscribiendo a la estrategia guevarista y a su aplicación en el país, iniciativa que terminaría con la trágica muerte de este referente. Estos debates constituyeron antecedentes directos de la polémica que, en 1968, protagonizaron Moreno y Santucho y que derivaría en la ruptura del PRT la cual se convertiría en la polémica más acabada dentro del trotskismo argentino en torno al debate sobre la lucha armada.

Las polémicas de Daniel Pereyra

A principios de los sesenta, Perú experimentó un relevante ascenso insurreccional, prioritariamente en la zona del Cuzco, cuya máxima expresión fueron los alzamientos y ocupaciones de tierras por parte del campesinado siendo uno de sus principales dirigentes Hugo Blanco, un militante de esta corriente política que, tras su estancia en Argentina, retornó a Perú y se dedicó a la tarea de sindicalizar al movimiento campesino en el Valle de la Convención y Lares. En Perú, Palabra Obrera tenía vinculación política con una organización denominada Partido Obrero Revolucionario (POR) que, en diciembre de 1961, confluyó con diversos militantes independientes, referentes del PC-Leninista y una fracción del Partido Comunista de Perú y dio forma al Frente de Izquierda Revolucionaria (FIR). Con el objetivo de profundizar tal construcción y pugnar por la ligazón internacional, la organización argentina envió a ese país, en junio de 1961, a su dirigente Daniel Pereyra (“Alonso”) junto con los militantes Eduardo Creus y José Martorell.

En concordancia con la afirmación antes analizada en torno al sujeto social, Moreno reconoció que, en el caso peruano, el campesinado era la vanguardia y que las acciones del Cuzco tenían rasgos de revolución agraria con la consigna principal en torno a la posesión de la tierra. En este sentido, el planteo recayó en la necesidad de inserción de la vanguardia revolucionaria a partir de la creación de milicias campesinas, sindicalización masiva del campesinado, inserción del partido en el campo, etc., pero pugnando por la ligazón y articulación con las consignas y reivindicaciones de la clase obrera limeña, costera y de los centros mineros (González, 1999: 219-221). La línea política para aplicar en Perú votada por Palabra Obrera recayó en desarrollar la sindicalización campesina y la ocupación de tierras bajo el control del partido peruano, la preparación de éste para la posibilidad de una insurrección y el inicio de la construcción de un Frente Único Revolucionario con otras fuerzas partidarias (Boletín de Palabra Obrera, 1963: 2).

Rápidamente se desató una polémica entre la dirigencia en Argentina y sus militantes enviados a Perú, especialmente Daniel Pereyra, sobre el modo de inserción y la estrategia a desarrollar en el proceso político allí iniciado. Dado el desnivel existente entre una vanguardia campesina en alza y radicalizada y la ausencia de conflictos en las grandes ciudades (donde el tema predominante era el llamado a un proceso electoral por parte del gobierno), diversos dirigentes del FIR peruano caracterizaron la necesidad de provocar una insurrección previa al proceso electoral y, en esa línea, planificaron la tarea de tomar por asalto el cuartel Gamarra del Cuzco con la intención de repetir la experiencia de la Revolución Cubana del asalto al cuartel Moncada. Para tal objetivo precisaban una suma elevada de fondos por lo que Pereyra y el grupo de Lima encabezado por Martorell asaltaron la sucursal Magdalena del Banco Popular en lo que se convirtió en la primera de las acciones armadas. Tal hecho y el derrotero que estos dirigentes quisieron imprimir al proceso político peruano desataron una fuerte polémica entre Moreno y Pereyra que, si bien tuvo como centro la caracterización de la coyuntura peruana de entonces, conllevó a su vez el embrión de un debate teórico de fondo en torno a la forma de desarrollo de la lucha armada y a las estrategias a adoptar en cada coyuntura política (González, 1999; Camarero, 2000).

La primera de las polémicas se circunscribió al debate en torno al desarrollo de la lucha armada en la coyuntura política abierta en ese momento. Moreno rechazó el golpe al cuartel Gamarra como punto de partida de la insurrección argumentando que las consecuencias políticas que podrían desprenderse de

tal acción eran por demás imprevistas (tales como, por ejemplo, la reacción del gobierno y el aislamiento de la vanguardia revolucionaria) independientemente de la obtención de un éxito desde un punto de vista militar y económico. Se argumentó que la lucha armada debía iniciarse, no a través de una acción de tipo foquista sino como parte del desarrollo de las acciones políticas del campesinado que encabezaba el proceso revolucionario. En lugar de dar lugar a una guerrilla y ejecutar un golpe comando, rebatió a Pereyra con la necesidad de formar milicias campesinas (motorizadas por el partido, o bien, por un Frente Único Revolucionario), no de modo aislado sino como parte del proceso político y sindical como, por ejemplo, en el marco de la toma de tierras y de su defensa (González, 1999: 237; Moreno, 2015). En 1964, esta misma polémica fue parte del análisis crítico que hará Moreno sobre los trabajos de Ernesto *Che* Guevara a quien cuestionó la idea que la guerra de guerrillas era una estrategia indispensable para el campesinado latinoamericano en pugna contra las estructuras feudales. Moreno cuestionó la identificación entre la lucha campesina y la guerra de guerrillas dado que, a lo largo de la historia, diversos conflictos protagonizados por este sujeto social no conllevaron necesariamente la apelación a este método de lucha como estrategia (Moreno, 1964: 3-4). En el caso peruano, la utilización de esta metodología suponía un elemento aún más grave: el desprecio por las grandes organizaciones de masas, tales como los sindicatos campesinos, que ya poseía esta vanguardia y que eran ignoradas por la teoría *guevarista* y hasta caracterizados por ella como un elemento de inhibición de la lucha guerrillera (Ibídem: 17). La aplicación de la guerra de guerrillas como método generaría, el efecto contrario: la separación entre una vanguardia revolucionaria armada y las estructuras de masas en las que el campesinado se insertaba y desarrollaba sus luchas.

El segundo elemento teórico de importancia que Moreno desarrolló en sus polémicas con Pereyra recayó en la necesidad de profundizar el embrionario poder dual allí iniciado. Este concepto fue desarrollado por para definir aquellas situaciones prerrevolucionarias en las que la clase trabajadora, llamada a implantar el nuevo sistema social, si bien no era aún dueña del país, reunía de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado mientras que el aparato oficial de este último seguía aún en manos de sus antiguos detentadores (Trotsky, 1997: 196). En su aplicación a la realidad peruana, Moreno planteó que el ascenso del movimiento de masas, prioritariamente campesino, dio forma a embriones de poder dual mediante la ocupación de tierras por parte de las comunidades y los sindicatos campesinos. En ese sentido, la principal tarea que, según él, debía impulsar la vanguardia revolucionaria era la profundización de la toma de tierras bajo la administración de los sindicatos campesinos y la formación de milicias armadas campesinas para su defensa (González, 1999:237-238; Moreno, 2015). En este marco, le cuestionó a Pereyra minimizar las zonas campesinas en beneficio de las urbanas, no haber aprendido el quechua como medio de comunicación con buena parte de la población campesina, menospreciar el papel del partido en la organización de la sindicalización y de las ocupaciones de tierras y proseguir con una estrategia de tipo foquista marginada de estos embriones de doble poder (Ibídem: 241). Ello contrarrestaba con el accionar del dirigente campesino Hugo Blanco de quien Palabra Obrera reivindicaba su contribución al desarrollo del poder dual a partir de la consolidación de las milicias armadas de los sindicatos campesinos, la toma de prisioneros y rehenes para luego ser canjeados, la ejecución de agentes de los gamonales (terratenientes) y la reforma agraria realizada por los mismos organismos en diversas regiones (Boletín de Palabra Obrera, 1963: 6).

La facción en Perú encabezada por Pereyra prosiguió con la realización de acciones con el objetivo principal de recaudar fondos para profundizar el ascenso revolucionario y las futuras acciones. En abril de 1962, un comando asaltó la sucursal del Banco de Crédito de Miraflores en lo que se convirtió en un profundo error organizativo dada la posterior identificación por parte de la policía de los distintos militantes participantes de la acción. El resultado fue la detención de Pereyra y de otros militantes lo que trajo aparejada la persecución al FIR como estructura tras ser identificada como responsable política del asalto. El propio Moreno fue detenido en Bolivia (en donde se encontraba coordinando el apoyo a Hugo Blanco) tras un pedido de extradición del gobierno peruano. El movimiento campesino de Hugo Blanco quedó política y geográficamente aislado y, finalmente, este dirigente fue detenido junto a importantes referentes de las luchas agrarias. En una posterior combinación de represión y concesiones sociales, el gobierno peruano detuvo este proceso de ascenso y agitación agraria.

El proyecto de Ángel Vasco Bengochea

En 1962, Palabra Obrera experimentó un breve período que sus propios dirigentes caracterizaron posteriormente como una desviación militarista. El triunfo electoral del peronismo con la posterior intervención del gobierno llevó a la dirección morenista a plantear que las masas habían agotado la experiencia de las luchas económicas y electorales y se abriría una etapa con características insurreccionales y condiciones para la lucha armada (Secretariado de Palabra Obrera, 1963). A instancias del dirigente Ángel “Vasco” Bengochea, se aprobó la resolución de enviar un contingente a Cuba para recibir instrucción militar. En junio de 1962, Moreno volvió a la Argentina tras su detención en Bolivia y se produjo una reorientación de la posición partidaria. La posición en cuanto a la política internacional de Palabra Obrera consistió en priorizar la ayuda a Hugo Blanco y a la rebelión campesina peruana para impedir que las luchas del Cuzco quedaran aisladas y, a partir de esta línea, la necesidad de redefinir el viaje a Cuba. Sin embargo, una vez en la isla, este grupo modificó los planes originales y decidió realizar la denominada “escuela de entrenamiento” que consistía en una preparación física, militar y teórica de larga duración. Por su parte, la política de la dirección cubana hacia la revolución peruana recayó en el proyecto del *Che* Guevara de apertura de focos guerrilleros en diversas regiones latinoamericanas. En agosto de 1963, tras retornar Bengochea, se produjo su ruptura con Palabra Obrera junto a los militantes que viajaron con él a Cuba conformando las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN). Tiempo después, el 22 de julio de 1964, en un departamento en Barrio Norte, en la Capital Federal, estalló el arsenal que este grupo guardaba para el inicio de las acciones armadas. El derrumbe y la explosión provocaron la muerte de once personas incluyendo a Bengochea. Si bien no existió en este breve período un debate directo entre Moreno y Bengochea, a partir de los documentos elaborados por el primero en estos años y el registro de conferencias y charlas que se posee del segundo, es posible reconstruir una polémica de trascendencia teórica en vistas a la estrategia revolucionaria a poner en práctica en esta coyuntura latinoamericana.

El primero de los debates que se desprende de esta ruptura recayó en la caracterización en torno a la construcción política. En este contexto de ruptura con el *Vasco*, Palabra Obrera reafirmó su definición por un partido revolucionario con inserción en la clase obrera y en sus organismos de lucha como, por ejemplo, las comisiones internas y cuerpos de delegados. En esta coyuntura, definió la proletarianización de todos los cuadros medios del partido. Por su parte, Bengochea se preocupaba por delimitarse de la dicotomía partido-guerrilla. En sus intervenciones, reivindicó al partido revolucionario como herramienta para la lucha por el poder y afirmó la necesidad de un grupo dirigente que organizara a las masas para cumplimentar los objetivos históricos de éstas. Pero, paralelamente, afirmó que era irreal la antinomia entre lucha política (entendida como las batallas sindicales, electorales o teóricas) y lucha armada (Bengochea, 1962: 61-62). Su planteo recayó en la necesidad de articular ambas formas de lucha y complementarlas. Por ejemplo, la lucha política crearía inquietud, movimientos, perturbaciones, manifestaciones, etc., que facilitarían la acción militar revolucionaria y aliviarían la presión militar porque obligarían a las fuerzas del orden a volcar fuerzas de vigilancia y control en las ciudades en donde esta lucha política se expresaba permitiendo un mayor desarrollo de las acciones armadas. Dialécticamente, las acciones armadas podrían complementar a las luchas políticas como, por ejemplo, a través de su uso en huelgas o movimientos de masas que sirvieran para aliviar la represión en un momento determinado (Ibíd.: 64-65). En relación con ello, planteó que la prioridad de las luchas políticas o de las luchas militares dependería de las condiciones de cada país y del momento histórico en particular (Ibíd.: 67).

En lo que se suponía una ruptura con las concepciones foquistas más ortodoxas, Bengochea planteó la necesidad de construcción de una guerrilla con inserción en la población de la cual, para él, dependería su éxito y, simultáneamente, la puesta en práctica de acciones armadas que estuvieran relacionadas con sus intereses. En este sentido, argumentó que la denominada “Guerra Revolucionaria” consistía en ayudar, respetar y defender al pueblo y calcular, con anterioridad a cada acción, qué se le daría al

pueblo y a qué se lo expondría procurando evitar completamente su aislamiento (Ibídem: 77). Es por estas posiciones que Nicanoff y Castellano (2006) afirmaron que se evidencia de estos planteos una evolución de la teoría foquista que, la temprana muerte del Vasco y la desaparición de su grupo, no llegó a profundizar. En realidad, se plantea el interrogante acerca de si esta producción de Bengochea y su intención de una estructura guerrillera que no excluyera la existencia de un partido y que priorizara su ligación con la población no fue, más bien, el esbozo de una teoría foquista con resabios de la anterior trayectoria de este dirigente (teniendo en cuenta sus antecedentes militantes en el marco de un partido trotskista), con la incorporación de anteriores concepciones críticas a la guerra de guerrillas como método, más que una teoría en evolución truncada por la tragedia de sus protagonistas.

Otro elemento de discusión recayó en el espacio geográfico propicio para el inicio de una estrategia revolucionaria. Bengochea pretendió no poner en práctica de forma tajante la primacía de la lucha rural planteada por el *guevarismo* y conciliar esta estrategia con su propia concepción de articular la lucha militar a la lucha política. Por ello, argumentó los beneficios de la instalación de bases guerrilleras rurales a las que atribuyó la ventaja de ser geográficamente más seguras y mayormente resguardadas de la represión mientras que las guerrillas urbanas presentaban mayores facilidades para la obtención de medios de subsistencia y combate pero se encontrarían mayormente expuestas dada la mayor cantidad de fuerzas enemigas y servicios de información (Bengochea, 1962: 68-69). Argumentó que la provincia de Tucumán era la región estratégica dado que permitía combinar la lucha rural con una clase obrera altamente politizada, combativa y sindicalizada. En este ejemplo se reflejó que el pensamiento de Bengochea fue un intento de articulación de la teoría guevarista adquirida en su proceso de formación en Cuba (en la cual se preveía al campesinado como sujeto social revolucionario y a aquellas regiones menos trabajadas por el hombre como los condicionantes más aptos para el inicio de un proceso revolucionario) con su trayectoria en la militancia trotskista y sus críticas al esquematismo de identificar el espacio rural aislado como el más apto geográficamente y al campesinado como el principal sujeto revolucionario sin un previo análisis de la coyuntura de cada país y de cada momento histórico en particular. De hecho, esta corriente, ya con preexistencia a la ruptura de Bengochea identificó a la provincia de Tucumán como el centro del proceso revolucionario en el norte del país. En esta polémica, queda reflejada la postura “morenista” esgrimida en sus polémicas contra el *foquismo* acerca de las particularidades geográficas, sociales, económicas, etc., propias de cada revolución, lo que imposibilitaría considerar una única e idéntica estrategia de lucha para cada proceso en marcha.

Los debates dentro de Palabra Obrera constituyeron los antecedentes directos de la polémica que, en 1968, protagonizaron Moreno y Mario Roberto Santucho y que desembocó en la ruptura del PRT (Mangiantini, 2014). Tal polémica presentó mayores matices, argumentaciones y ejemplificaciones que las mencionadas hasta el momento. Sin embargo, los embriones teóricos de tal discusión ya se hallaban presentes al relevar estos dos debates aquí esgrimidos. Al mismo tiempo, lo destacable recae en que los mismos actores que se unirán con Palabra Obrera tras producirse estos dos debates como, por ejemplo, los integrantes del FRIP de Santucho, protagonizaron luego una polémica con esta corriente con rasgos similares en la que se reiterarían diversos elementos de estas discusiones anteriores. Más notorio aún resulta el hecho de que, posteriormente a su ruptura con Moreno, la facción del PRT liderada por Santucho reivindicará la experiencia del Vasco Bengochea independientemente de haberse concretado la fusión de su organización con Palabra Obrera en 1965, ya con posterioridad a la ruptura de este dirigente.

Política Obrera y los efectos de la OLAS

A diferencia de Palabra Obrera, en Política Obrera (PO) no se expresaron debates de envergadura que llevarán a la formación de tendencias internas o rupturas de dirigentes. No obstante, formada cinco años después del triunfo revolucionario cubano, es posible afirmar que este proceso no pasó inadvertido por el nuevo nucleamiento trotskista.

En términos teóricos, desde su conformación, esta corriente diferenciaba de modo tajante la estructura partidaria de la *foquista*. Acorde a un paradigma leninista, se caracterizaba al partido como la vanguardia conciente del proletariado que, en la coyuntura argentina de entonces se transformaba en una necesidad dada la ausencia de una dirección revolucionaria de 1a clase obrera. Para la dirección de PO, el *foquismo*, por el contrario, expresaba dos problemáticas. En primer lugar, se lo definía como la expresión de la concepción “técnica” de una dirección revolucionaria. Mientras que un partido revolucionario no era un mero aparato a cargo de la técnica insurreccional sino un orientador, un organizador, un factor conciente que crea primero e instrumenta después las condiciones de la insurrección armada, el foco recaía en un culto a la espontaneidad de las masas que sustituía y negaba la naturaleza del partido. En otro orden, la oposición se anclaba en el análisis alrededor del sujeto revolucionario. Según éste, el *foquismo* negaba al proletariado como la única clase consecuentemente revolucionaria y presuponia la ligazón del foco centralmente con el campesinado. Para este partido, la Revolución Cubana impuso el ejemplo del combate en la sierra aislado del conjunto del proceso (Política Obrera, marzo de 1964).

Ahora bien, más allá de estos matices teóricos, en los primeros años de PO, se reconoce la importancia del proceso revolucionario cubano de 1959. A raíz del noveno aniversario de la revolución, Política Obrera reivindicó en sus páginas, en primer lugar, su carácter obrerista. Se afirmaba que la Revolución Cubana fue la pionera en un país donde la clase obrera, y no la clase media o el pequeño-propietario campesino, era mayoritaria y, dentro de ella, el proletariado de los ingenios azucareros y de los cañaverales constituía su vanguardia. De hecho, se resaltaba la importancia de la huelga general como método fundamental para la caída de la dictadura en 1959. En otro orden, se destacaba como fenómeno fundamental el surgimiento de una dirección revolucionaria independiente de otras direcciones “reformistas y contrarrevolucionarias del movimiento obrero mundial”. Así, se afirmaba que el Movimiento 26 de Julio, surgido de un ala izquierda de la burguesía anti-dictatorial, se había transformado en un movimiento revolucionario por su ruptura con los métodos conciliadores hacia la dictadura y por su adopción de una estrategia insurreccional a la que luego se agregó su transformación en vanguardia de la “revolución permanente” por su ruptura completa con la burguesía cubana. En definitiva, se reivindicaba el derrotero de una dirección que surgió *desde el fusil a la conciencia, de la práctica a la teoría, y no al revés* (Política Obrera, 4 de enero de 1968). De hecho, se afirmó que el Movimiento 26 de Julio era mucho antes que una guerrilla, una fracción nacional del Partido Ortodoxo a quien se caracterizaba como el partido más popular de la pequeña burguesía ciudadana de Cuba (Política Obrera, 8 de septiembre de 1967).

Es factible afirmar que un quiebre en las caracterizaciones que PO sostuvo sobre el paradigma cubano lo constituyó el lanzamiento de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad). Creada en 1967 por la dirección cubana en su apuesta a la expansión del proceso revolucionario, despertó el entusiasmo de diversas estructuras a nivel internacional, incluyendo diferentes partidos trotskistas. Política Obrera argumentó que, por primera vez desde la degeneración de la III Internacional en manos del stalinismo, un movimiento de influencias en las masas y la dirección de un “estado obrero” se aproximan en una gran medida a la tesis de la revolución permanente, es decir, a la tesis que proclama la unidad entre la revolución democrática antiimperialista y la revolución socialista mediante la dictadura proletaria, y se aproxima al programa elaborado por Trotsky para América Latina que sostenía que la revolución permanente en los países de América Latina tenían un carácter latinoamericano de conjunto y su meta general eran los Estados Unidos Socialistas de América Latina. Por ello, se identificaba a la OLAS como la creación de un organismo revolucionario continental. Al mismo tiempo, se reivindicaba de sus planteos su carácter anti-stalinista dada la negación de la revolución por etapas. En este sentido, la dictadura proletaria no venía después de la revolución democrática sino que era su punto de partida en combinación con su carácter latinoamericano (Ibidem). Sin embargo, simultáneamente, se argüía que la OLAS enfrentaba la contradicción entre su declaración programática y los comités nacionales de muchos países “cuyos integrantes nada tienen que ver con tal programa”. Esta referencia hacia el comunismo latinoamericano y hacia expresiones nacionalistas suponía, para PO, la apertura de un período el que debería darse una depuración en favor de criterios programáticos unánimes en vez de votaciones

complacientes (Ibídem). Este antagonismo entre la OLAS y las variantes reformistas (stalinistas o nacionalistas) se reflejaría, para PO, en el seno mismo de la vanguardia obrera y campesina continental, es decir:

(...) los obreros más conscientes del peronismo argentino, del MNR y PRIN bolivianos, del stalinismo chileno, uruguayo y venezolano, etc. Por esto es fundamental tener conciencia de este proceso y concretarlo en el agrupamiento marxista y revolucionario de estos obreros, en partido obrero revolucionario (*Política Obrera*, 14 de diciembre de 1967).

Reflexión final

A lo largo de estas líneas se pretendió desarrollar un fenómeno escasamente explorado: el impacto que el paradigma revolucionario cubano supuso en dos organizaciones trotskistas argentinas en los años posteriores a su triunfo. Es sabido que el *guevarismo* ejerció una influencia teórica y metodológica en toda América Latina y que la reproducción de este paradigma fue una constante en los años posteriores al triunfo revolucionario. No obstante, también existe la suposición que, para las corrientes trotskistas, este fenómeno no implicó un viraje determinante dada la supervivencia de un paradigma marxista-leninista desde el punto de vista organizativo y de la estrategia insurreccional de carácter obrerista para la transformación revolucionaria de la sociedad. Ahora bien, a lo largo de este trabajo se pretendió dar cuenta de los efectos que la Revolución Cubana ejerció en diversas expresiones del trotskismo argentino. En el caso de Palabra Obrera, los ejemplos aquí reflejados hacen evidente la existencia de una tensión que en el caso de Daniel Pereyra se manifestó como profunda divergencia teórica y en el caso de Bengochea directamente como ruptura abierta. La propia imagen de la Revolución Cubana llevaría a la corriente *morenista*, más adelante, a buscar unificaciones políticas con sectores que reivindicaban un carácter mayormente antiimperialista, indigenista y campesino, como el FRIP de los hermanos Santucho lo que, a la larga, derivaría en nuevas tensiones. Por su parte, Política Obrera no manifestó rupturas ni debates teóricos internos de tal relevancia pero, como se desprende de los análisis públicos, claramente el ideario de la Revolución Cubana no se percibió con indiferencia y, particularmente a partir del impulso de la OLAS, esta estructura vislumbró en Cuba la posibilidad de una vanguardia revolucionaria a escala continental. Los posteriores alineamientos a nivel internacional de la dirección cubana con el bloque soviético echarían por tierra con tales expectativas. De hecho, ambas estructuras protagonizarían en los años setenta fervientes debates públicos con organizaciones tales como el PRT-ERP justamente a partir del rechazo a la metodología y forma de aplicación de la lucha armada en esa coyuntura. Sin embargo, este trabajo pretendió dar cuenta de un período en el cual, dentro de las organizaciones trotskistas, a la luz de la Revolución Cubana, se experimentaron tensiones y redefiniciones.

Bibliografía

- Alexander, Robert J., 1973. *Trotskyism in Latin America*. Stanford University, Hoover Institution Press.
- Bensaïd, Daniel, 2008. *Trotskismos*. Portugal, Edições Combate.
- Camarero, Hernán, 2000. "Hugo Blanco y el levantamiento campesino en la región del Cuzco (1961-1963)", en *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, nº 8.
- Coggiola, Osvaldo, 2006. *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*. Buenos Aires, Ediciones RyR.
- Callinicos, Alex, 1990. *Trotskyism*. Buckingham, Open University Press.
- Frank, Pierre, 1979. *The Fourth International: The Long March of the Trotskyists*. London, Ink Links.
- Gaido, Daniel y Valera, Constanza, 2016. "Trotskismo y guevarismo en la revolución cubana, 1959-1967", en *Izquierdas*, nº 27: 293-341.

González, Ernesto (Coord.), 1999. *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. Tomo 3: *Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana*. Volumen 1 (1959-1963). Buenos Aires, Editorial Antídoto.

Mangiantini, Martín. 2014. *El trotskismo y el debate en torno a la lucha armada. Moreno, Santucho y la ruptura del PRT*. Buenos Aires, El Topo Blindado.

Nicanoff, Sergio y Castellano, Axel. 2006. *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina. La historia del "Vasco" Bengochea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional*. Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación.

Pereyra, Daniel, 2011. *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*. Buenos Aires, CEICS-Ediciones RyR.

Trotsky, León, 1997. *Historia de la Revolución Rusa*, Tomo 1. Buenos Aires, Editorial Antídoto.

Fuentes primarias

Bengochea, Ángel Vasco, 1970. *La guerra del pueblo* [Conferencia de 1962]. Montevideo, Corporación Gráfica. Versión electrónica: <http://eltopoblindado.com/farn-documentos/>

-*Boletín de Palabra Obrera*. 1963. Serie B: Latinoamérica. Proyecto de informe latinoamericano de actividades, Fundación Pluma.

-*Ediciones Palabra Obrera*. 1961. n° 2, Latinoamérica y Cuba.

Moreno, Nahuel. 1964. *Dos métodos frente a la revolución latinoamericana. ¿Lucha guerrillera o lucha obrera y de masas?* Edición electrónica, Biblioteca Virtual del CITO, Buenos Aires, s/e.

Moreno, Nahuel. 1967. *La Revolución Latinoamericana, Argentina y nuestras tareas*. Documento interno del PRT, Fundación Pluma.

Moreno, Nahuel. 1962. *La Revolución latinoamericana*. Buenos Aires, s/e, Fundación Pluma.

Moreno, Nahuel. 2015. *Perú: dos estrategias. La rebelión campesina encabezada por Hugo Blanco y la polémica con el putschismo (1961-1963)*, Buenos Aires, CEHUS.

Política Obrera, Año 1, N° 1, marzo de 1964.

Política Obrera, Año II, N° 20, 8 de septiembre de 1967.

Política Obrera, Año II, N° 23, 14 de diciembre de 1967.

Política Obrera, Año III, N° 24, 4 de enero de 1968.

Secretariado de Palabra Obrera. 1963. La situación nacional después de las elecciones del 18 de marzo, Fundación Pluma

Martín Mangiantini

Instituto Ravignani - CONICET- UBA

martinmangiantini@gmail.com

Profesor (ISP Joaquín V. González), magister (Universidad Torcuato Di Tella) y doctorando en Historia (Universidad de Buenos Aires). Es autor del libro *El trotskismo y el debate en torno a la lucha armada. Moreno, Santucho y la ruptura del PRT* de la Editorial El Topo Blindado y de numerosos artículos sobre la militancia revolucionaria de los años sesenta y setenta publicados en diversas revistas académicas. Se desempeña como docente en diversas instituciones de nivel superior y medio (entre ellas, el ISP Joaquín V. González y UBA). Es miembro del Comité Editor de la Revista *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*. Es becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).